

EL DESEO.

PERIODICO CIENTIFICO, LITERARIO Y MERCANTIL.

(*) DESGRACIA Y AMOR.

ARTICULO 2.º—LA CITA.

Quando el hombre dotado de un corazón sensible y generoso, observa los padecimientos interiores de otros mortales, participa de ellos, apesar de ignorarlos, y por intenso que su afán se muestre en descubrirlos, los respeta, y acalla la voz de su deseo. Su alma entonces, agoviada con los agenos sentimientos, olvida sus propios padeceres; y si alguna vez los recuerda, es solo para compararlos y para consolarse en su afliccion. Su mismo dolor, de que se considera mas aliviado, y que quisiera ver desaparecer enteramente, le obliga á tomar mayor parte en las estrañas desgracias, por cuanto ellas le han proporcionado el alivio; y colocándose en el lugar del desgraciado, cuyos tristes gemidos escucha, padece tanto como él.

Si tal sucede en general, júzuese cual sería la situacion de nuestro guerrero, al advertir esas penas, al oír esos gemidos en una hermosura, combatida por la adversidad, pero aun no marchita lo bastante para que dejasen de notarse en su fisonomía los encantos de la juventud y el brillo seductor de la inocencia.

Aquel grito penetrante, lanzado al arrastrar tras sí la puerta de la cabaña, aquel terrible grito, fiel espresion del horror que su presencia ha causado en aquellos lugares, resuena por largo tiempo en sus oídos; y con la mano izquierda apoyada sobre el muro de la campestre estancia, y la derecha oprimida contra el corazón, permanece inmóvil, aterrado, y sin atreverse á hacer el mas pequeño movimiento, temeroso de aumentar con él los dolores de aquellos seres desconocidos.

Su misma turbacion no le ha dejado comprender la escena que se representaba dentro de la cabaña, al penetrar despavorida en ella la jóven fugitiva; y cuando mas reportado de su sorpresa, aplica atente el oído, solo escucha los lamentos, interrumpidos por el llanto, de dos personas de distinto sexo, y acaso tambien de edades muy distantes. Al cabo de algunos momentos, una voz balbuciente esclama, «no hay remedio: es forzoso partir; partir donde los hombres no puedan nunca descubrir nuestra morada; donde no puedan llegar las persecuciones de esos enemigos tan odiados.»

Estas últimas palabras convencen al guer-

(*) Véase el número 4.º